

La rueda dentada

Un buen amigo, que durante años ejerció la noble profesión del magisterio, me confesó en cierta ocasión que la manera ideal para desarrollar una instrucción de calidad era así de sencilla: “para que un aula funcione bien –me decía- tienen que existir dos componentes: un maestro que quiera y pueda enseñar y unos alumnos que quieran y puedan aprender. Si falla uno de esos factores, no se cumplen los objetivos y todo resulta una lamentable y enorme pérdida de tiempo y recursos”.

Esa sencilla y contundente aseveración, trajo a mi mente aquel riquísimo poemario de Nicolás Guillén: *La rueda dentada*, en cuyo prólogo dice:

*La rueda dentada, con un diente roto,
si empieza una vuelta se detiene a poco.
Donde el diente falta (o mejor no falta,
sino que está roto),
la rueda se traba, el diente no encaja,
la rueda no marcha, no pasa, no avanza,
se detiene a poco.*

Metáfora aparte, la verdad poética se convierte en verdad de experiencia, y en el mundo del trabajo con más razón.

Soy de los que piensan que no todo va a marchar sobre ruedas en materia de producción y servicios apenas nos desbloqueen, y se vierta sobre el país un aluvión de inversiones y cooperaciones y ayudas solidarias de todo tipo y nivel; a que dudarlo, eso será muy beneficioso, pero no suficiente. Para ese entonces, podremos contar con la mejor tecnología, la de punta, pero no bastaría.

Quien anda por las calles se habrá dado cuenta del enorme gentío que se mueve en todas direcciones y a toda hora mientras en las

Por LÁZARO LORENCIS



esquinas de nuestros barrios permanecen tertulias desde que amanece hasta altas horas de la noche. ¿Serán de los dientes a que alude el poema?

Es de conocimiento público que uno de los saldos que han dejado los años recientes es el mal o ningún hábito de trabajo, con todo su séquito de frustraciones, indisciplinas y desbalance ético en jóvenes y adultos; pero no es menos cierto que también ha puesto a muchos a pensar en cómo superar los efectos del largo temporal.

El ejercicio del trabajo

“Con su trabajo, el hombre ha de procurarse el pan cotidiano, contribuir al continuo progreso de la ciencia y la técnica y, sobre todo, a la incesante elevación cultural y moral de la sociedad en la que vive en comunidad con sus hermanos”.

Si lo expresado en el preámbulo de la encíclica *Laborem exercens* (*El ejercicio del trabajo*), de Juan Pablo II, es una verdad como un templo, no es menos lo que continúa diciendo:

“Y el trabajo significa todo tipo de acción realizada por el hombre independientemente de sus características y circunstancias, significa toda actividad humana que se pueda y se deba reconocer como trabajo entre las múltiples actividades de las que el hombre es capaz y a las que está dispuesto por la naturaleza misma en virtud de su humanidad”.

Adelanto entonces una conclusión: hay que liberar y darle cauce a las múltiples y variadas formas de producción y servicios, de tal manera que cada una, con sus características, fomenten y amplíen las ofertas y posibilidades de empleo, recuperen la capacidad y creatividad y honestidad para trabajar contribuyendo a satisfacer las necesidades propias y ajenas.

Hacer que el trabajo, con su carga de dignidad humana, propicie la erradicación de los antivalores que lo amenazan y reducen a mera fuente de ingresos, libere las fuerzas que lo enaltecen y anulen los mecanismos que lo entorpezcan y desestimulen, de tal manera que cada uno y cada una, y la comunidad en general, sean responsables, ética y moralmente, de su crecimiento material y espiritual, aspectos tan importantes en estos tiempos.

En virtud de estas ideas, donde surja la empresa familiar, estimularla y protegerla; donde se precise cooperativizar, emplear proyectos viables donde los trabajadores sean los verdaderos protagonistas de su desarrollo; donde el trabajo privado (cuentapropista) sea lo más adecuado, respetarlo; donde el sistema estatal de trabajo cumpla su cometido, acrecentarlo y acometer contra su enemigo más tenaz: el burocratismo; el cultivo de la tierra, a quien sea capaz de hacerla producir, con disposición y afecto, que esta no es solo la “tierra más hermosa que ojos humanos vieron”, sino también bendita de Dios, y “descanso de nuestro esfuerzo”.

Buscar los por qué del trabajo informal, para encontrar y enmendar los por cuantos de nuestras propias deficiencias en materia laboral y social, y revertirlo en fuente de trabajo digno y decente; y a todos darle las garantías de su conservación y el reconocimiento que merezcan.

Rescatar y potenciar un fuerte e inteligente movimiento de aprendices, donde prime la calidad de la instrucción y no la emergencia temporal, ya acoger y encausar al que llega al centro de trabajo “traído de la oreja” por el padre y la madre, para que se haga hombre o mujer de bien.

En esta misma línea de pensamiento, es hora de que la familia juegue su papel, aleccionando también a la familia que, en definitiva, es de ella de donde salen los ciudadanos y los trabajadores. Que sean buenos o malos depende primero de la familia y después, de la sociedad.

De toda esta riqueza promovida y participada, saldrán los salarios justos y suficientes, los precios adecuados, la equidad en justicia y seres humanos cada vez más humanos.

Con estos y otros presupuestos, imposible de abarcarlos todos en tan breve espacio, el trabajo puede rescatar y conservar su inestimable valor dejando de ser solamente un medio de subsistencia, forma de ganancia o, como dice la vieja guaracha “castigo de Dios”.

Es posible que tengamos entonces los elementos fundamentales de la sencilla y profunda ecuación de mi amigo, el maestro, para el mundo del trabajo: un trabajo que se quiera y se pueda realizar y un hombre o una mujer que lo quieran y lo puedan ejercer...

*Sin que falte un diente
o esté el diente roto.
Siempre mucho mucho,
nunca poco poco.*

Δ